

1° PREMIO CARLOS MONSIVÁIS DE CRÓNICA BREVE “PROSAS DE LA CIUDAD”

1er LUGAR

EL BLACAMANCITO DE LA PORTALES

por DIANA GUTIÉRREZ PÉREZ

Por el influjo de su pensamiento llovían piedras sobre los tejados; volaban muebles grandes y pequeños; los focos se fundían y danzaban los zapatos. Con la fuerza de su mirada rompía botellas, y las vidrieras de las ventanas se estrellaban a su paso. Los objetos se movían de lugar por su presencia. A partir de un sencillo mandato de voluntad cumplió los más increíbles caprichos y alivió a sus seres queridos. Se llamaba Joaquín Velázquez, el «milagro del siglo XX».

De piernas largas y torso frágil, su cuerpo enjuto al centro de la primera fotografía semeja una varita mágica. Como la cresta del instrumento del ilusionista, sobresale su peinado de raya al costado. Los ojos, muy abiertos, detrás de unos anteojos redondos, semejan estrellas, como las del mago cuando agita la batuta hechicera. Su mirada siempre es de sorpresa; él mismo se asombra de los poderes que posee. Tiene la figura común de un adolescente; la nariz, la boca y las manos son más grandes de lo normal y presenta cierta desproporción anatómica. Se le conoce por una foto del 5 de mayo de 1938, en la portada del periódico *La Prensa*. El titular de la nota de ocho columnas dice: «Desconcertante caso de telequinesia descubierto en la colonia Portales»; el balazo editorial reza: «Niño prodigio tiene asombroso poder de atracción». A este niño le faltan dos dientes.

El fuerte donde se resguardaba «Nito», como le decían de cariño, se situaba en Héroe de Churubusco, ahora Malintzin, número 37, entre las calles de Presidentes y Emperadores, en la entonces delegación General Anaya.¹ Para llegar hasta éste había que cruzar una verja de madera, atravesar un patio estrecho y librarse de sus animales de compañía: un perro, que se deshacía en ladridos y amenazaba con soltarse de la cadena que lo retenía del pescuezo, y de un gato negro metiche llamado «Chicharrón». Eso no garantizaba que los curiosos

¹ La delegación General Anaya tenía por límites las actuales vialidades de Viaducto Miguel Alemán, al norte; Avenida Universidad, al poniente; Circuito Interior, al sur; y al oriente, las calles Andrés Molina Enríquez y Playa de la Cuesta, la avenida Presidente Plutarco Elías Calles y las calzadas de Tlalpan y Santa Anna. Desapareció en 1941 y parte de la totalidad de su territorio comprende, hoy en día, la alcaldía Benito Juárez.

podieran ver al niño fenomenal. Los padres eran unos guardianes celosos. Decían rechazar cualquier tipo de publicidad porque abundaba «gente vulgar» que hacía libres interpretaciones acerca de lo que pasaba dentro de esas cuatro paredes. Que habían recibido toda clase de insultos por parte de los vecinos y las autoridades. Que los llamaban brujos. Una vez terminaron en la delegación por acusaciones de que su hijo apedreaba los techos. Sólo el delegado Limón había ofrecido velar por su seguridad. La madre negaba que el muchacho estuviera ahí y el padre, más afable, permitió el paso a médicos y reporteros conforme el caso se hizo más notorio.

Entonces ocurre un portento. El día que Carlos Monsiváis nace, el 4 de mayo de hace poco más de ochenta años, el «niño telequinético de la Portales» aparece por primera vez en público, sólo que del otro lado de Tlalpan, a unos cuantos kilómetros de la colonia San Simón, en donde el escritor viviría hasta su muerte. La coincidencia habría sido su mejor crónica. En esa segunda fotografía que registra su aparición, se ve al chiquillo por fin en una habitación que también sirve de sala, con una repisa de flores y santos, dos camas y algunas sillas. Con los brazos escondidos detrás de la espalda, responde parcamente a las preguntas de los reporteros que han ido a dar cuenta de sus maravillas.

A sus pies, yacen comales, cazuelas de cobre, cucharones, tacitas y jarras de barro. Aunque ha movido objetos a distancia con la mente durante un año, ésta es la primera vez que muestra sus habilidades ante testigos diferentes. Él dice que no siente miedo. Que le gusta la ingeniería y la mecánica. Que todo sucede durante el día. Como la vez que hizo aparecer los centavos faltantes para la compra de su madre, atrayéndolos con la mente desde su casa hasta el mercado donde se encontraban. O la ocasión en que acercó hacia sí una bola de estambre que ella no adquiriría en la mercería por falta de dinero, pero que él necesitaba para hacerse una gorrita.

«Nos estábamos despidiendo cuando mi sombrero voló, de la mitad de la cama, en donde se hallaba, hasta los pies de Joaquín», dijo el fotógrafo Miguel Casasola a su tocayo el periodista Miguel Gil, ambos presentes en la escena del evento sobrenatural. El segundo consignó lo que presenciaron en un reportaje de cuatro planas para el diario *La Prensa*, donde quedó registrada la visita que le hicieron al niño, entrevistas a declarantes convencidos de sus capacidades psíquicas y una confirmación insistente de parte de los involucrados de que todo lo que relataban era totalmente cierto. El texto cerró con la siguiente creencia, cual si se tratara de un artículo de opinión: «Gracias a que estamos en plena era de progreso, porque si estuviésemos viviendo la tenebrosa época de la Inquisición, Joaquín ya estaría a estas horas en ella».

El primero en enterarse del caso es el sacerdote jesuita Carlos María de Heredia, conocido por su maestría para fotografiar espíritus e ilusionista aficionado, amigo del escapista húngaro Harry

Houdini. El párroco se muestra interesado en el caso de telequinesis porque es el único que se ha presentado en México, después de Italia, Francia y Austria. En la tercera imagen, unos cincuenta curiosos, entre niños y adultos, se han apostado afuera de la casa del ser extraordinario. Hay opiniones divididas: unos aseveran que se trata de un milagro, otros dicen que es mentira. Lluven peticiones de personas desesperadas alpequeño. La señora Ester García, por ejemplo, es ciega y le ruega a Joaquín que obligue a su esposo a volver al hogar. También el niño recibe ofensas anónimas, como la que se lee en una tarjeta: «Mono con síntomas de brujo». El padre advierte que su hijo no es competencia para las pitonisas, porque ni adivina ni hace predicciones.

Mientras en Occidente, los países europeos, encabezados por Hitler, se alistaban para iniciar la Segunda Guerra Mundial; en Oriente, el líder pacifista Mahatma Gandhi clamaba la liberación de la India; y en México, los ciudadanos respondían positivamente con donaciones al llamado gubernamental de aportar dinero para solventar la deuda petrolera; en tanto se desarrollaban estos eventos alrededor del mundo, en el centro de la capital —donde recién se había prohibido el uso del claxon por exceso de ruido— se presentó el caso del «moderno Aladino», con cierta reticencia por parte de los miembros, ante la Academia Nacional de Medicina, como parte de los setenta trabajos leídos, correspondientes a la sección X de Neurología y Psiquiatría.

La comisión a cargo del análisis del fenómeno la encabeza el presidente de la Academia, Ignacio González y la componen los psiquiatras Samuel Ramírez y Leopoldo Salazar Viniegra; Ramón Pardo, presidente de la Sección Médica; Fernando Ocaranza, presidente de la Sección de Biología, el fisiólogo José Joaquín Izquierdo y Alfredo Millán, director del Manicomio General. Antes del veredicto, otro reportero, distinto al que ha dado seguimiento a los hechos en los últimos días, da a conocer, en una nota también de *La Prensa*, las posturas de algunos especialistas al respecto del tema. Santiago Ramírez, profesor de Neurología en la Facultad de Medicina, jefe del pabellón de neurólogos del Sanatorio Español y director del Manicomio de Cholula, asegura que atraer objetos inanimados con la mente es imposible. «Estos fenómenos de transmisiones cerebrales deben admitirse y están científicamente demostrados, tratándose de seres animados, es decir de cerebro a cerebro, que pueden ser un transmisor y otro receptor, por tener vida y estar capacitados para difundir las ondas; pero de una persona a un objeto, es sencillamente disparatado suponerlo». Las eminencias ocupaban poco a poco los sitiales verdes y la sillería destinada al público se hacía insuficiente. En punto de las ocho de la noche, se declaró abierta la sesión extraordinaria del 10 de mayo de 1938 en la Academia Nacional de Medicina. Ante un auditorio atiborrado de «público no acostumbrado», el gran ídolo de Portales tuvo un defensor a su altura,

como el que toda leyenda debiera tener: el médico y filósofo Enrique O. Aragón. Autor de los textos «Fuga y vagancia» (1914), «La risa loca» (1926) y «Sueños premonitorios o paramnesias» (1938), publicados en la *Gaceta Médica de México*, expuso que los estudios de telequinesia no eran nuevos y que, incluso, médicos como el italiano César Lombroso, en un principio escéptico a los eventos metapsíquicos, aceptó que estos eran posibles. Reconocía que también podía haber engaños, porque, según dijo: «Existen tres problemas fundamentales de la existencia: la belleza, que es el sentido estético; el bien, que es problema moral y la verdad, que es un asunto de lógica». Aragón fundamentaría entonces su defensa del niño superdotado en la duda metódica de Descartes. Más afín a la metafísica que a la ciencia médica, el doctor parafraseó en voz alta frente a la singular concurrencia las palabras del pensador francés: «De todo puedo dudar, menos de que dudo y si dudo luego pienso y si pienso luego existo». No obstante, esa noche triunfó la razón y se aprobó el dictamen de la comisión nombrada con motivo del trabajo presentado, que fue adverso a las conclusiones de éste. El doctor Viniegra alegó que el niño movía la mesa con los dedos y que, por tanto, se trataba de un fraude, alimentado por la fabulación de los padres y el exceso de fe en el barrio de Portales. Finalizó con una mención sobre las supersticiones, el gato negro y la sal.

Pero la necesidad de creer es una facultad biológica del ser humano. El 24 de mayo de 1938, casi quince días después de la asamblea donde se determina la falsedad de los hechos en la «casa encantada», aparece en *La Prensa* una nota más —la última— de Miguel Gil sobre el niño telequinético, con fotografías de Miguel Casasola, su inseparable tocayo. En la cuarta imagen, los periodistas, el chofer Demetrio López, la testigo Sara N. Casasola y hasta el *office boy* de la redacción, «Mina-Mina», rodean al jovencito porque confían en él y no están satisfechos con el fallo de los académicos. Uno de ellos le entinta los dedos, pues su tótem ha de someterse a la prueba dactiloscópica. De quedar impresas sus huellas en la mesa al moverla, deberán dar la razón a la ciencia, confirmándose el engaño en el que todos han caído. ¿Pero y si no?

Con el peso auestas de ser llamado a esas alturas el «blacamancito» de la Portales, en referencia a Blacamán, el famoso faquir indio que hipnotizaba animales alrededor del mundo, Joaquín apoyó los codos sobre el mueble dispuesto para el experimento. Los idólatras, en tanto, se ubicaron en distintos lugares de la recámara donde se llevaría a cabo la demostración. Tenía todas las miradas encima. No llevaba ni cinco minutos concentrado cuando la mesa levantó las patas de la cabecera opuesta a la que estaba el chico, azotando con furia las duelas del piso. «¡Achis!», dijo el pequeño mentalista. La superficie estaba impecable, sin ninguna marca.

A ocho décadas de lo que algunos consideraron «la venida del Anticristo» a la Portales, nadie recuerda al niño que supuestamente lo encarnó. El único que hubiera podido conocerlo es el señor

Horacio Gloria, de 88 años, pero no sabe nada pues a pesar de que nació a un número de la «casa encantada» se mudó al otro lado de la colonia cuando tenía la edad de tres. Lo único que queda en el lugar que alguna vez ocupó su vivienda es un edificio más o menos nuevo, donde actualmente reside la señora María, una octogenaria que tal vez supiera algo más, pero a quien nunca pude ver porque hoy en día es complicado confiar en los otros y jamás me abrió la puerta.

